

—¡Quién sabe, caballero!—repuso el joven haciendo vanos esfuerzos para señorear su emoción; —tal vez Jorge quiera dar a usted una sorpresa y hacerle terminar felizmente un día empezado en la espera.

—¡Ojalá Dios!—exclamó el anciano levantando los ojos y las manos al cielo.

—Quizá—continuó con voz cada vez más conmovida el joven,—quiera llegarse a usted sin que usted lo conozca, y gozar de esta suerte, de la presencia, del amor y de las bendiciones de usted.

—¡Ah! sería imposible que yo no lo conociese.

—Y sin embargo, no me ha conocido usted, padre—exclamó el joven no pudiendo refrenar por más tiempo los afectos que lo agitaban.

—¡Usted!... ¡tú! ¡tú!...—exclamó a la vez el anciano envolviendo con mirada de avidez a su interlocutor, temblando de los pies a la cabeza y sonriéndose en señal de duda. Y luego añadió:

—No, usted no es Jorge; se parece usted a él, sí; pero él no es alto ni gallardo como usted; Jorge no es más que un niño, y usted es un hombre.

—Soy yo, soy yo, padre; míreme usted bien—exclamó Jorge;—recuerde que han pasado catorce años, que en la actualidad tengo veintiseis, y si todavía usted duda, mire esta cicatriz de mi frente, huella del sablazo que me dió el señor de Malmedie el día en que usted conquistó tan gloriosamente una bandera inglesa. ¡Oh! abráceme usted, padre, y luego que me haya abrazado y apretado contra su corazón ya no dudará de que sea yo su hijo.

Dichas estas palabras, el joven echó los brazos al cuello del anciano, que, ora alzando los ojos al cielo, ora mirando a su hijo, no se resolvía a dar crédito a tanta felicidad, ni se decidió a abra-

zar al garrido mozo hasta haberle éste repetido innumerables veces que era su hijo.

En esto pareció Telémaco al pie de la montaña de la Descubierta, con los brazos caídos, apagados los ojos y la cabeza agobiada, desesperado de llegarse nuevamente a su amo sin llevarle nueva alguna de Jorge o de Jacobo.

VI

TRANSFIGURACIÓN

Dejemos ahora a Pedro Munier y a Jorge entregados a la dicha del regreso, y, retrocediendo, sigamos la transfiguración física y moral operada en el espacio de catorce años en el héroe de esta historia, a quien hemos entrevisto niño y al cual acabamos de mostrar en la flor de la juventud.

Al principio nos propusimos trasladar únicamente el relato que de los acacimientos de aquellos catorce años, hizo Jorge a su padre; pero luego reflexionamos que siendo aquel relato una historia de pensamientos íntimos y de sensaciones secretas, podría con razón desconfiarse de la veracidad de un hombre del carácter de Jorge, mayormente cuando el hombre ese habla de sí mismo. Hemos resuelto, pues, contar personalmente y a nuestra guisa, esta historia, conocida de nosotros en sus más mínimos ápices, previa promesa de que, no estando nuestro amor propio interesado en el asunto, no vamos a ocultar sensación alguna buena o mala, pensamiento alguno digno o vergonzoso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Partamos, pues, del mismo punto del cual Jorge había partido.

Pedro Munier, del cual hemos ensayado trazar el carácter, tan pronto hubo entrado en la vida activa, esto es, luego de haber rebasado la pubertad, adoptó respecto de los blancos una línea de conducta de la que jamás se desvió; sin fuerza ni voluntad para luchar contra una abrumadora preocupación, resolvió desarmar a sus adversarios por una sumisión inalterable y una inagotable humildad; en una palabra, pasó su vida contrayendo méritos para hacerse perdonar su nacimiento. Con estar muy rico y ser inteligente, lejos de pretender cargo alguno administrativo o algún empleo político, cifró todo su afán en hacerse olvidar, en confundirse con el común de las gentes, pues el mismo pensamiento que lo apartara de la vida pública era su norma en la vida privada. Ingénitamente generoso y magnífico, su casa estaba alhajada con sencillez monástica, y con reinar en ella la abundancia, no brillaba el lujo en parte alguna, no obstante poseer aquel hombre unos doscientos esclavos, lo cual en las colonias francesas equivale a una fortuna de más de cuarenta mil duros de renta. Pedro Munier viajó siempre a caballo hasta que, constreñido por la edad, o por mejor decir por los pesares que lo habían quebrantado prematuramente, mudó su modesta costumbre por otra más aristocrática, esto es, compró un palanquín tan sencillo como el del más pobre habitante de la isla. Siempre cuidadoso de evitar toda disputa, siempre cortés, complaciente y servicial para con todos, aun para con aquellos que le eran antipáticos, hubiera preferido perder diez fanegadas de tierra a promover o a sostener un pleito que le habría hecho ganar veinte. Si alguno necesitaba un plantón de café,

yuca o caña dulce, estaba seguro de encontrarlo en casa de Pedro Munier, el cual aún se mostraba agradecido por haberle dado a él la preferencia el solicitante. Ahora bien, todas esas bondades, en la esencia reveladoras de los instintos de su excelente corazón, pero que podían ser tomadas como consecuencia de su carácter tímido, le habían captado la amistad de sus vecinos, es verdad, pero una amistad pasiva, amistad que, no inclinada siquiera a hacerle bien, se limitaba sencillamente a no perjudicarlo. Y aún entre los tales vecinos los había que, no pudiendo perdonar a Munier su colosal fortuna, sus numerosos esclavos y su reputación sin mancha, cebábanse en vejarlo so pretexto de que era mulato. Malmedie y su hijo Enrique eran unos de ellos.

Jorge, nacido en las mismas condiciones que su padre, pero a quien su endeblesz alejara de los ejercicios físicos, se había dado a la reflexión, y maduro antes de tiempo, como suelen serlo todos los niños enfermizos, estudió instintivamente la conducta de su padre, y, pese a su infantil edad, caló la causa de ella. Ahora bien, el orgullo viril que hervía en el pecho de aquel niño le hizo cobrar profundo odio hacia los blancos que lo menospreciaban, y no menos desdén hacia los mulatos que consentían que aquéllos los menospreciasen. Jorge resolvió, pues, seguir una conducta opuesta a la observada por su padre, y, una vez desarrollado, salir con paso firme y animoso al encuentro de tan absurdas opresiones de la opinión, y si no le abrían paso, luchar con ellas a brazo partido como Hércules y Anteo, y ahogarlas entre sus brazos. El joven Aníbal, excitado por su padre, juró odio eterno a una nación; el niño Jorge, contra su padre, juró guerra a muerte a una preocupación.

Jorge salió de la colonia después de los acontecimientos que hemos referido, llegó a Francia con su hermano, y entró en el colegio de Napoleón; pero apenas se hubo sentado en los bancos de la última clase, comprendió la diferencia de categorías y resolvió llegar a la primera: para él era una necesidad de organización la superioridad, y aprendió pronto y bien; mas, el primer triunfo afirmó su voluntad y le dió la pauta de sus facultades intelectuales. Desde entonces su voluntad fué robusteciéndose de día en día, y sus triunfos fueron cada vez mayores. Verdad es que esta labor del espíritu, este desenvolvimiento del pensamiento, mantenía el cuerpo en su endeblez primitiva, que la parte moral absorbía la parte física, que la hoja quemaba la vaina; pero Dios había dado un apoyo al pobre arbusto. Jorge descansaba en paz bajo la protección de Jacobo, el más robusto y perezoso de la clase, así como Jorge era el más laborioso y endeble.

Por desgracia tal estado duró poco. Dos años después de su llegada a Francia, y en ocasión en que ambos habían ido a pasar sus vacaciones en Brest, en casa de un corresponsal de su padre al cual estaban recomendados, Jacobo, incesantemente aficionado a la marina, aprovechó una coyuntura propicia, y aburrido de su prisión, como llamaba al colegio, se embarcó en un corsario, dando a entender a su padre, a quien escribió, que lo había efectuado en un buque de guerra. De regreso en el colegio, Jorge sintió dolorosamente la ausencia de su hermano. Sin defensa contra las envidias suscitadas por sus triunfos de escolar, envidias que no pudiendo verse saciadas se convertían en verdaderos odios, fué vituperado por los unos, atropellado por los otros, maltratado por todos, que individualmente lo ha-

cían blanco de toda suerte de injurias. Ruda fué la prueba; pero Jorge la soportó animosamente, y sirvióle para reflexionar más profundamente todavía sobre su estado, para comprender que la superioridad moral nada valía sin la superioridad física, que era menester la una para hacer respetar la otra, y que el hombre no era cabal sin la reunión de aquellas dos cualidades. Desde aquel punto cambió radicalmente de modo de vivir, y se hizo tan jugador, turbulento y camorrista cuanto antes era tímido, retirado e inactivo. Todavía estudiaba, pero únicamente para conservar la preeminencia intelectual adquirida en los precedentes años. Al principio estuvo torpe, y se burlaron de él, que intencionadamente tomó a mal la burla. Jorge no tenía el valor sanguíneo, pero sí el bilioso, con lo cual dicho se está que su primer arranque, lejos de arrojarlo en brazos del peligro, lo impulsaba a retroceder para evitarlo. Para ser valiente necesitaba el concurso de la reflexión, y aunque esta valentía sea la más real, pues es la valentía moral, asustóse de ella como de una cobardía.

Peleóse, pues, el muchacho a cada quimera, o hablando con más propiedad a cada quimera recibió una paliza; pero vencido una vez, volvió todos los días a la carga hasta que hubo vencido, no por ser el más fuerte, sino por ser el más aguerrido, porque en lo más recio de la pelea conservaba una admirable presencia de ánimo, gracias a la cual se aprovechaba de todos los descuidos de su adversario. Esto hizo que lo respetaran, y desde entonces sus condiscípulos pusieron más cuidado en no insultarlo; porque por endeble que sea un enemigo, uno titubea en meterse a luchar con quien acepta con resolución la lucha. Por otra parte, el prodigioso ardor con que Jorge abrazó

su nueva vida daba sus frutos: poco a poco iba cobrando fuerzas, y animado por sus primeros ensayos, no abrió un libro durante las vacaciones, sino que aprendió la natación, la esgrima, la equitación, imponiéndose una fatiga incesante, fatiga que más de una vez le dió calentura, pero con la cual acabó por familiarizarse. Conseguido este resultado, a los ejercicios de destreza añadió los del cuerpo, y durante largas horas cavaba la tierra como un campesino, y se pasaba días enteros llevando fardos como un ganapán, para luego, llegada la noche, en vez de acostarse en mullida cama, envolverse en su capa y tenderse en una piel de oso, en la cual dormía a pierna suelta hasta el amanecer. Al principio la naturaleza, sorprendida, pareció como que titubeaba, no sabiendo si acabar con aquel cuerpo o dejarlo que triunfase. Jorge conocía que se jugaba la vida, pero ¿qué le importaba a él su vida si ésta no era para él el dominio de la fuerza y la superioridad de la destreza? La naturaleza venció; la endeblez, vencida por la energía y la voluntad, desapareció como criado infiel despedido por un amo inflexible; tres meses de semejante régimen robustecieron por tal manera al pobre enfermizo, que al tornar al colegio apenas si sus condiscípulos lo conocieron. Ahora fué Jorge quien buscó quimera a los demás, ahora fué él quien vapuló a los que vapulado lo habían, ahora fué él el temido y, como temido, respetado.

Por una armonía natural, conforme el cuerpo iba cobrando fuerzas, el rostro adquiría hermosura. Jorge, que ya tenía los ojos admirables y la dentadura magnífica, se dejó crecer los negros cabellos, de los que corrigió la nativa aspereza, suavizándola con el continuado empleo de las tenacillas. Más aún; a la enfermiza palidez del jo-

ven substituyó un color mate lleno de melancolía y distinción. En una palabra, Jorge puso todo su conato en hacerse gallardo, fuerte y diestro.

No es de admirar, pues, que el muchacho, al terminar sus estudios de filosofía, saliese del colegio hecho todo un garrido mancebo de cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, si tal cual delgado, de proporciones admirables.

Jorge, a la sazón, sabía cuanto saber puede un joven de la buena sociedad; pero comprendiendo que no bastaba ser en todo como los demás, resolvió ser a los demás superior en todo.

Por otra parte, los estudios que Jorge resolviera imponerse le eran fáciles, libre como se hallaba de sus trabajos escolásticos y pudiendo, como podía, disponer del tiempo a su antojo. Fijó, pues, el joven al empleo del día reglas de las cuales se propuso no desviarse: por la mañana, a las seis, montaba a caballo, a las ocho se iba al tiro de pistola, de diez a doce cultivaba la esgrima, de doce a dos seguía los cursos de la Sorbona, de tres a cinco dibujaba en este o en el otro taller, y por la noche concurría los teatros o los salones, de los cuales, más que su fortuna, su elegante cortesía le abría las puertas. Jorge amistó, pues, con la flor y nata de los artistas, sabios y grandes señores de París, y por ende se familiarizó por un igual con las artes, las ciencias y la elegancia; de ahí que a no tardar lo citaran como uno de los hombres más inteligentes, como uno de los pensadores más lógicos, como uno de los caballeros más distinguidos de la capital. Jorge, pues, había casi llegado al fin que se propusiera.

Sin embargo, todavía le faltaba pasar por una prueba: seguro de que imperaba sobre los demás, ignoraba aún si era dueño de sí; y Jorge, que no era hombre para conservar una duda sobre

cualquiera cosa que fuese, resolvió ilustrarse en este punto por experiencia propia.

Jorge, que con frecuencia había temido aficionarse al juego, salió un día con los bolsillos henchidos de dinero, y se fué a Frascati después de haber hecho el siguiente raciocinio :

—Jugaré tres veces a razón de tres horas cada vez, y durante estas tres horas arriesgaré dos mil duros, luego, gane o pierda, dejaré de jugar.

El primer día Jorge perdió los dos mil duros en menos de hora y media, y pasó, hasta cumplir las tres horas, mirando jugar a los otros, sin exponer un céntimo más, por mucho que llevaba en su cartera y en billetes los cuatro mil duros que decidiera arriesgar en los dos ensayos que le faltaban hacer. El segundo día empezó por ganar cinco mil duros, y como se había impuesto el jugar tres horas consecutivas, continuó jugando, y perdió su ganancia, con más cuatrocientos pesos de su propio peculio. En esto advirtió que hacía tres horas que estaba jugando y cesó con la misma puntualidad que en la víspera. El tercer día empezó por perder, pero al jugar su último billete de banco, cambió favorablemente la fortuna, de tal suerte, que durante los tres cuartos de hora de que todavía podía disponer jugó con una de esas inexplicables bambarrias de las cuales por tradición se perpetúa el recuerdo en los garitos : durante tres cuartos de hora Jorge pareció haber hecho pacto con el diablo, con ayuda del cual algún demonio invisible le soprase al oído el color que iba a salir y la carta que iba a ganar. Ante él se amontonaban los billetes y el oro, con grande estupefacción de los presentes. Jorge, que había dejado de pensar, arrojaba su dinero sobre el tapete y decía al banquero : «Donde usted quiera» ; y el banquero ponía el dinero al tuntún, y Jorge

ganaba. Dos jugadores de profesión, que habían seguido a Jorge y ganado cantidades enormes, diéronse a entender que había llegado el momento de adoptar el sistema contrario, y apostaron contra él ; pero la fortuna permaneció fiel a nuestro isleño ; aquéllos perdieron cuanto ganado habían y cuanto consigo llevaban, y, además, diez mil duros que, por ser hombres solventes, les prestara el banquero. Jorge, impasible, sin que se transparentase en su rostro la más leve emoción, veía aumentar la montaña de oro y billetes que ante sí tenía, y de tiempo en tiempo consultaba el péndulo que había de señalar la hora de su retirada, como por fin la señaló. Jorge cesó de jugar inmediatamente, cargó a su criado con el oro y los billetes ganados, y con la misma calma, con la misma impasibilidad con que jugara, perdiera y ganara, se salió envidiado de cuantos habían sido testigos de lo que acababa de pasar y que esperaban verlo nuevamente al siguiente día. Pero contra lo por todos esperado, Jorge no reapareció ; hizo más : metió, revueltos, el oro y los billetes en uno de los cajones de su papelería, con el propósito de no abrirlo hasta ocho días después, como así lo hizo ; hallando, verificado su tesoro, que había ganado cuarenta y seis mil duros.

El joven quedó satisfecho de sí ; había vencido una pasión.

Jorge tenía los sentidos ardientes del hijo de los trópicos. Tras una orgía, sus amigos llevaron-lo a casa de una cortesana famosa por su belleza y sus caprichos. Aquella noche a la moderna Lais le había dado una recrudescencia de virtud. Pasóse, pues, la velada hablando de moral, como si la dueña de la casa hubiese aspirado al premio Montyón. Con todo eso los presentes pudieron notar que

la bella predicadora miraba de cuando en cuando a Jorge con expresión de concupiscencia que desmentía la frialdad de sus palabras. Jorge, por su parte, halló a aquella mujer todavía más apetecible que le ponderaran; así es que por espacio de tres días el recuerdo de aquella seductiva Astarté persiguió la virginal imaginación del joven. El cuarto día, Jorge se encaminó a casa de la cortesana, subió la escalera sumamente conmovido; tiró del cordón de la campanilla con movimiento tan convulsivo que por poco lo rompe, y, al oír que se acercaba la doncella, impuso silencio a su corazón y la calma a su rostro, y con voz firme pidió a aquélla que lo introdujese a presencia de su ama. La cual había oído la voz del joven y acudió apresuradamente risueña y retozona; porque la imagen de Jorge, que la causara impresión profunda, no se había borrado de su mente, y esperaba que el amor, o a lo menos el deseo, impulsaría al garrido mozo a tornar junto a ella.

La cortesana se engañaba de medio a medio: la visita de Jorge sólo obedecía a una nueva prueba que éste se impusiera; fué a verla únicamente para poner en lucha una voluntad inflexible con unos sentidos de fuego. Jorge pasó dos horas junto a aquella mujer, dando por pretexto de su impasibilidad una apuesta, y luchando a la vez contra el torrente de sus deseos y las caricias del descoco; luego, nuevamente vencedor, se salió satisfecho de sí por haber domeñado sus sentidos.

Según va dicho, Jorge no tenía el valor físico que se arroja en medio del peligro; pero sí el valor bilioso que lo espera a pie firme cuando no puede evitarlo. Jorge temía en realidad no ser valiente, y más de una vez se había estremecido al pensar que en un peligro quizá no estaría seguro de sí, y aún que se portaría como un cobar-

de. Este pensamiento era la pesadilla de Jorge; así, pues, resolvió aprovechar la primera coyuntura para poner a su alma en lucha con el peligro. No tardó en presentarse la ocasión, y por cierto de un modo bastante original. Un día Jorge estaba en casa de Lepage con uno de sus amigos, y, mientras esperaba que aquél quedase desocupado, miraba trabajar a uno de los concurrentes a la academia, conocido, como lo era él mismo, por uno de los mejores tiradores de París. El que en aquel instante se estaba ejercitando, ejecutaba o poco menos todas las increíbles habilidades que la tradición atribuye a Saint-Georges y que desesperan a los neófitos, queremos decir que cada vez daba en el blanco, doblaba sus disparos de modo que el segundo proyectil cubría exactamente la huella del primero, cortaba una bala en el filo de un cuchillo, en una palabra, hacía otros mil experimentos parecidos con buen éxito constante. El tirador, excitado su amor propio por la presencia de Jorge, de quien el mozo del tiro le dijera en voz baja, al presentarle su pistola, que cuando menos era tan buen tirador como él, a cada disparo se adelantaba a sí mismo; pero a cada disparo también, en lugar de recibir de su vecino el tributo de elogios que merecía, oía, al contrario, a Jorge responder a las aclamaciones de la galería:

—Sí, es verdad, el disparo ha sido bueno, pero no sucedería lo mismo si el caballero descargase su pistola sobre un hombre.

Esta eterna negación de su destreza, como due-
lista, al principio extrañó al tirador y acabó por
ajarle la honrilla. Volvióse, pues, hacia Jorge en
el instante en que éste acababa de emitir por ter-
cera vez la opinión dubitativa que va expuesta,

y mirándolo con gesto a la vez de zumba y amenaza, le dijo:

—Usted perdone, caballero, pero tengo para mí que va ya para dos o tres veces que emite usted una duda ofensiva para mi valor. ¿Me hace usted la merced de darme una explicación clara y terminante de las palabras que ha proferido?

—Mis palabras no necesitan comentario, caballero—respondió Jorge,—se explican suficientemente por sí.

—Pues hágame usted el favor de repetir las—repuso el tirador,—para que pueda yo apreciar su alcance e intención.

—He dicho—contestó Jorge con la mayor tranquilidad,—al ver que usted daba siempre en el blanco, que no estaría usted tan seguro de su mano ni de su mirada si en vez de dirigir la bala contra una plancha tuviese usted que dirigirla contra el pecho de un hombre.

—¿Por qué?—preguntó el tirador.

—Porque supongo que en el momento en que uno hace fuego contra un semejante suyo, tiene uno que sentir algo capaz de desviar la puntería.

—¿Ha tenido usted muchos desaffos?—preguntó el tirador.

—Ni uno—respondió Jorge.

—Pues no me admira que usted suponga que en tales circunstancias pueda uno sentir miedo—replicó el desconocido sonriéndose con cierta ironía.

—No me ha comprendido usted—profirió Jorge;—tengo para mí que en el momento de matar a un hombre, puede uno temblar de otra cosa que de miedo.

—Yo nunca tiemblo—replicó el tirador.

—Puede que así sea—articuló Jorge con la misma flemma,—pero no por esto estoy menos con-

vencido de que a veinticinco pasos, esto es a la misma distancia en que ahora da usted en el blanco...

—¿Qué?—repuso el tirador.

—Marraría usted un hombre.

—Pues yo estoy seguro de lo contrario.

—Permítame usted que no dé crédito a sus palabras.

—¿Luego me da usted un mentís?

—No, señor, siento un precedente.

—Del que supongo no titubearía usted en hacer el experimento—replicó con zumba el tirador.

—¿Por qué no?—respondió Jorge mirando de hito en hito a su interlocutor.

—Pero en otro que en usted ¿eh?

—O en mí mismo, tanto da.

—Sería en usted una temeridad arriesgar tal prueba, se lo advierto.

—No, porque he dicho lo que siento, y por tanto estoy persuadido de que no arriesgaría mucho.

—¿Luego me repite usted, por segunda vez, que a veinticinco pasos marraría yo a un hombre?

—No es la segunda vez, sino la quinta, si mal no me acuerdo.

—¡Ah! esto ya es excesivo, caballero, lo que usted se propone es insultarme.

—Tómelo usted como le plazca.

—Está bien. ¿A qué hora?

—Ahora mismo, si a usted le parece.

—¿Dónde?

—Nos hallamos a quinientos pasos del bosque de Bolonia.

—¿Armas?

—Pues, la pistola. Aquí no se trata de un duelo, sino de un experimento.

—A sus órdenes, caballero.

—A las de usted.

Jorge y el tirador se subieron cada cual en su cabriolé en compañía de sendos amigos que, al llegar al campo del honor, intentaron arreglar el asunto; pero el caso era difícil, pues el adversario de Jorge exigía satisfacciones, y Jorge no tenía que darlas sino en el caso de quedar herido o muerto, circunstancias que por sí equivaldrían a darle la sinrazón.

Los dos testigos perdieron un cuarto de hora en infructuosas negociaciones, visto lo cual idearon colocar a los adversarios a treinta pasos uno de otro; pero Jorge hizo observar que no cabía experimento alguno si no se guardaba la distancia de veinticinco pasos, que es a la que suele tirarse al blanco. En consecuencia midiéronse los veinticinco pasos. Los testigos intentaron luego arrojar una moneda al aire para decidir quién tiraría primero; pero Jorge declaró que para él era excusado tal preliminar, pues el derecho de primacía, correspondía a su adversario. El cual, por su parte, se picó de la honrilla, e insistió para que la suerte decidiese de una ventaja que, entre dos hombres tan expertos en el manejo de la pistola, daba todas las probabilidades de triunfo al que primero tirase. Pero Jorge se mantuvo en sus trece, y su adversario tuvo que ceder.

El mozo del tiro de pistola, que había seguido a los duelistas, cargó por un igual las armas, que no eran sino las mismísimas pistolas de que se valiera el tirador para sus ejercicios, condición *sine qua non* impuesta por Jorge.

Los adversarios se colocaron a veinticinco pasos, y cada uno de ellos recibió de manos de un testigo una pistola cargada. Luego los testigos se apartaron, dejando a los duelistas la facultad de disparar uno sobre otro en el orden convenido.

Jorge no tomó precaución alguna de las usadas

en tales circunstancias, ni se garantizó parte alguna del cuerpo con su pistola, al contrario, dejó colgar el brazo a lo largo del muslo, y presentó en toda su amplitud su desarmado pecho.

Su adversario no acertaba a explicarse tal conducta; repetidas veces se había hallado en circunstancias semejantes; pero nunca sido testigo de tanta impasibilidad. Así es que la profunda convicción de Jorge empezó a producir su efecto, tal, que aquel habilísimo tirador, que nunca había marrado un blanco, dudó de sí mismo. Dos veces encaró su pistola a Jorge, y otras tantas la bajó; lo cual era contrario a todas las reglas del duelo.

—Tómese usted todo el tiempo que quiera— dijo Jorge cada vez y por toda objeción.

A la tercera vez el tirador se avergonzó de sí mismo e hizo fuego.

Los testigos sintieron por un segundo una angustia terrible; pero tan pronto hubo retumbado el pistoletazo, Jorge se volvió sucesivamente a derecha y a izquierda, y saludando a aquéllos para indicarles que no estaba herido, dijo a su adversario:

—¿Y bien? Ya usted ve que me asistía la razón, y que cuando uno hace fuego sobre un hombre, está menos seguro que cuando tira al blanco.

—Está bien, la sinrazón estaba de mi parte— contestó el tirador.—Ahora le toca a usted.

—¿Yo? ¿Por qué he de disparar contra usted?—repuso Jorge cogiendo su sombrero, que lo había dejado en tierra, y tendiendo su pistola al mozo del tiro.

—Porque está usted en su derecho, caballero— exclamó su adversario,—y no consentiré que se haga de otra manera. Por otra parte me aguija la curiosidad de ver cómo usted tira.

—Entendámonos, caballero—profirió Jorge con su imperturbable tranquilidad,—yo no he dicho que tocaría a usted, sino que usted no me tocaría a mí; y ya acaba usted de ver que me asistía la razón.

Y por más pretextos que le dió su adversario, por mucho que le instó para que tirase a la vez, Jorge se subió a su cabriolé y tomó la vuelta de la puerta de la Estrella, repitiendo a su amigo:

—¿No le dije que uno era tirar contra un muñeco y otro tirar contra un hombre?

Jorge, persuadido de su valor, estaba satisfecho de sí.

Aquellos tres lances levantaron gran polvareda y colocaron a Jorge en lugar preeminente a los ojos de la gente de mundo. Dos o tres coquetas tomaron a pechos subyugar al moderno Catón; y como el joven no tenía para qué oponer resistencia alguna, no tardó en ser un pollo a la moda. Pero en el momento en que lo tenían por más encadenado por sus amores, como había llegado el día que él se fijara para viajar, a lo mejor Jorge se despidió de sus damas enviando a cada una un presente regio, y partió para Londres, donde se hizo presentar en todas partes y siendo en todas partes bien recibido. Allí compró caballos, perros y gallos, hizo refír a los unos y correr a los otros, tuvo todos los envites, y ganó y perdió cantidades fabulosas de dinero con aristocrática impasibilidad. En una palabra, al cabo de un año salió de Londres dejando en él fama de caballero cumplido, como la dejara en París. En Londres fué donde conoció a lord Murrey, pero, como hemos dicho, sin que pasasen de aquí sus relaciones.

Aquel era el tiempo en que empezaban a privar los viajes a Oriente, y Jorge a Oriente se fué, visitando sucesivamente Grecia, Turquía, el Asia

Menor, Siria y Egipto, donde lo presentaron a Mehemed Ali en el momento en que Ibrahim Bajá salía para su expedición al Said. Jorge acompañó al hijo del virrey, peleó en su presencia y recibió de él un sable de honor y dos caballos árabes, elegidos entre los mejores de su yeguada.

Jorge tornó a Francia por Italia, en ocasión en que se estaba preparando la expedición a España, y una vez en París solicitó y obtuvo servir como voluntario, tomando sitio en las filas del primer batallón que se puso en marcha y que figuró constantemente en la vanguardia.

Por desgracia y contra lo que era de esperar, los españoles no se defendieron, y aquella campaña, que todos creyeron había de ser sangrienta, apenas si fué más que un paseo militar. Sin embargo, en el Trocadero las cosas cambiaron de aspecto, y desde luego echóse de ver que no cabría sino conquistar a fuerza de armas aquel último baluarte de la revolución española.

Jorge, al saber que su regimiento no estaba designado para el asalto, solicitó pasar a otro, al de granaderos, y abierta brecha y dada la señal de asalto, se lanzó a la cabeza de la columna de ataque y fué el tercero que entró en la fortaleza.

Su nombre fué citado en la orden del día, y recibió de manos del duque de Angulema la cruz de la Legión de honor, y de las de Fernando VII la de Carlos III.

Ahora bien, como Jorge se había propuesto obtener una distinción, y había obtenido dos, el orgulloso joven reventaba de gozo.

Jorge se dió a entender entonces que había llegado el momento de regresar a la isla de Francia: colmadas sus esperanzas y sus deseos, nada más tenía que hacer en Europa. Había concluido su lucha con la civilización; ahora iba a emprender-

la contra la barbarie. En su orgullo, el joven no se había consolado de malgastar en Europa, en medio del bienestar, las fuerzas pacientemente acumuladas para un combate interráneo: cuanto hiciera de diez años a aquella parte obedecía a un fin, al de sobrepujar a sus compatriotas mulatos y blancos y acabar por sí solo con la preocupación que hombre alguno de color se había atrevido aún a combatir. Poco le importaba a él Europa con sus trescientos sesenta millones de habitantes; poco le importaba Francia con sus treinta y tres millones de hombres; poco le importaban diputación o ministerio, república o monarquía. Lo que él prefería al resto del mundo, lo que ante todo y sobre todo lo preocupaba era su rinconcito de tierra, perdida en el mapa como un grano de arena en las profundidades del mar. Es que en aquel rinconcito de tierra había que llevar a cima una gran empresa, resolver un gran problema. Jorge únicamente alentaba un recuerdo: el de haber padecido; sólo sustentaba una esperanza: la de imponerse.

En esto recaló en Cádiz la fragata *Leicester*, de paso para la isla de Francia, donde había de quedar de estación, y Jorge solicitó que lo admitiesen a bordo de la noble nave, lo cual obtuvo gracias a haberlo recomendado al capitán de aquella las autoridades españolas y francesas. Sin embargo, la verdadera causa de tal favor fué que habiendo lord Murrey sabido que quien solicitaba pasaje era un natural de la isla de Francia, se apresuró a dar su asentimiento movido por una idea, la de que durante una travesía de tres mil leguas hubiese a bordo quien pudiese procurarle los mil pequeños datos políticos y morales que tanto le importa a un gobernador conocer antes de poner los pies en su gobierno.

Ya hemos visto de qué manera Jorge y lord Murrey habían intimado poco a poco y llegado a cierto punto de amistad al anclar en Puerto Luis. Hemos visto también como Jorge, hijo piadoso y devoto, no se había dado a conocer a su padre sino tras una de las largas pruebas que le eran familiares.

El gozo del anciano fué tanto más hondo cuanto menos esperaba aquel regreso; además, el hombre que había vuelto difería por tal manera del hombre esperado, que el buen Munier, mientras los dos se encaminaban a Moca, no se cansaba de mirar a su hijo, y se detenía de tiempo en tiempo ante él como en contemplación, y cada vez lo apretaba contra su pecho y con efusión tanta, que Jorge, pese al dominio que afectaba ejercer sobre sí mismo, no era parte a refrenar sus lágrimas.

A las tres horas de marcha, padre e hijo entraron en la hacienda, precedidos de un cuarto de hora por Telémaco, de modo que, al llegar, Pedro Munier y Jorge encontraron a todos los negros esperándolos entre alegres y temerosos; y es que aquel joven a quien ellos sólo vieran niño, era un nuevo amo, que así podía ser bondadoso como no serlo.

La llegada de Jorge, pues, era una cuestión capital para la venidera ventura o desventura de aquella pobre población. Los augurios fueron favorables. Jorge empezó por darles licencia para que holgasen aquel día y el siguiente, y como el subsiguiente era domingo, resultaban tres días de descanso.

Además, Jorge, que no veía la hora de juzgar por sí la importancia que su fortuna territorial podía darle en la isla, comió en un santiamén, y, seguido de su padre, visitó la hacienda, la cual,

gracias a felices especulaciones y a un trabajo asiduo e inteligente, se había convertido en una de las más hermosas propiedades de la isla. En el centro de la propiedad se alzaba la vivienda, sencilla y espaciosa, sombrada por bananos, mangos y tamarindos, con fachada a una larga alameda que llevaba al camino carretero, y la parte de atrás con vistas a fragantes vergeles donde la granada de flores acopladas, suavemente mecida por el viento, ora acariciaba un racimo de naranjas purpúreas, ora un racimo de bananas amarillas, ya subía, ya bajaba, indecisa y parecida a una abeja que revolotea entre dos flores, a un alma que fluctúa entre dos deseos; luego en torno y hasta perderse de vista se extendían inmensos campos de caña dulce y de maíz, que fatigados con su nutritiva carga, parecían implorar la mano de los segadores.

Padre e hijo llegaron por último a lo que en aquella clase de haciendas apellidan el campamento de los negros.

En medio del campamento se alzaba una espaciosa fábrica que, en invierno, servía de troj, y de sala de baile en verano, y de ella partían grandes voces de alegría confundidas con el tapanán del tamboril, y el son de los platillos y del arpa malgacha. Es que los negros, aprovechando las vacaciones que les concedieran, lo primero en que pensaron fué en divertirse, pues para aquellas naturalezas primitivas no hay medias tintas: del trabajo pasan al placer, y buscan en la danza el reposo a sus fatigas.

Jorge y su padre abrieron la puerta y se presentaron improvisamente en medio de los negros, que al punto interrumpieron el baile y formaron como los soldados sorprendidos por su coronel. Luego, tras un momento de silencio agitado, die-

ron tres vivas a sus señores, vivas que ahora fueron la expresión franca y sincera de sus sentimientos. Bien alimentados, bien vestidos, rara vez castigados, porque raramente faltaban a sus deberes, los negros aquellos adoraban a Pedro Munnier, quizás el único mulato de la colonia que, humilde con los blancos, no era cruel con los negros. En cuanto a Jorge, cuyo regreso, como hemos dicho, había inspirado graves temores en la pobre población, como si hubiese adivinado el efecto causado por su presencia, levantó las manos en señal de que iba a hablar. Los negros guardaron el silencio más profundo y recogieron con avidez las siguientes palabras, verdidas lentamente como una promesa, solemnes como una obligación:

—Amigos míos: vuestra benévola acogida me llega a lo más hondo del alma, y más aún la dicha que brilla en vuestros rostros: sé que mi padre os hace felices, y se lo agradezco, pues mi deber como el suyo es velar por la ventura de los que espero me obedecerán tan religiosamente como a él lo obedecen. Sois trescientos y no tenéis más que noventa chozas, y mi padre desea que construyáis otras sesenta, una para cada dos de vosotros; cada una de las chozas tendrá un huerto para plantar en él tabaco, batatas y bananos y criar un puerco y gallinas, con el bien entendido que los que quieran reducir todo eso a dinero podrán ir a venderlo los domingos a Puerto Luis, y dispondrán a su antojo del producto de la venta. El que robe a su hermano, será castigado severamente; si alguno de vosotros es injustamente azotado por el capataz, pruebe que lo han castigado sin culpa y se le hará justicia. En cuanto a hacerlos cimarrones, no preveo el caso, pues sois y espero continuaréis siéndolo, demasiado venturosos para pensar en dejarnos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Nuevas aclamaciones de alegría acogieron este breve discurso, que indudablemente parecerá sobrado minucioso y fútil a los muchos millones de europeos que tienen la suerte de vivir bajo el régimen constitucional, pero que en aquella remota isla fué recibido con tanto más entusiasmo, cuanto era la primera carta de este género concedida a la colonia.

VII

LA FAENA

Al día siguiente, sábado, y durante la velada, reuniéronse menos bulliciosamente que los que acabamos de dejar, unos negros bajo un gran cobertizo, donde y sentados en torno de una hoguera de chamarasca se entregaron a su faena, como dicen en las colonias; queremos decir que cada cual, según sus necesidades, su temperamento o su carácter, hacía una labor manual para venderla el siguiente día, o cocía arroz, o asaba casabe o batatas, o fumaba en una pipa de palo tabaco indígena y recolectado en su huerto, o conversaba en voz baja con su vecino, mientras las mujeres y los niños encargados de conservar el fuego iban y venían al través de los corros. Con todo eso, pese a tanta actividad y a tanto movimiento, aunque aquella velada precedía a un día de descanso, echábase de ver que sobre aquellos desventurados pesaba algo triste e inquieto, esto es la opresión del capataz, asimismo mulato.

Aquel cobertizo estaba situado en la parte inferior de las llanuras de Williams, al pie de la

montaña de las Tres Tetras, en torno de la cual se extendía la propiedad de nuestro antiguo conocido Malmedie.

Y no es que Malmedie fuese mal amo, en la acepción que suele darse en Europa a esta palabra. No, Malmedie era hombre rechoncho, incapaz de odio y de venganza; pero tocado hasta más no poder de su importancia civil y política, y henchido de orgullo cuando pensaba en la limpieza de la sangre que corría por sus venas, compartía con buena fe nativa, legada de padres a hijos, la preocupación que en la isla de Francia perseguía aún en aquel tiempo a los hombres de color. Sus esclavos no eran más infelices que los de otros hacendados, sino infelices como en todas partes. Para Malmedie los negros no eran hombres, sino máquinas que habían de producir tanto o cuanto. Ahora bien, cuando una máquina no produce lo calculado, se la recompone por medios mecánicos, y Malmedie aplicaba sencillamente a sus negros la teoría que hubiera aplicado a las máquinas, o lo que es lo mismo, cuando un negro dejaba de funcionar por pereza o por fatiga, el capataz lo recomponía a latigazos, con lo cual la máquina recobraba su movimiento, y al fin de la semana el producto general era el que ser debía.

Por lo que hace a Enrique Malmedie era el retrato vivo de su padre, con veinte años menos y una dosis más de orgullo.

Había, pues, como hemos dicho, grandísima distancia entre la situación moral y material de los negros del arrabal de las llanuras de Williams, y la de los negros del arrabal de Moca, Así, pues, las reuniones como las de que hacemos mérito al principio de este capítulo, las celebraban alegremente los esclavos de Pedro Munier, en tanto que los esclavos de Malmedie necesitaban que los exci-